

LA PALABRA

I

*D*E toda cosa la memoria mía
ha nutrido la palabra;
sombra de alguna viva llama que el ritmo anuncia
desde el amanecer entre espejos de espejos
ha nutrido la palabra.
Mares de turbios oros reclamaba a mis ojos
y praderas ceñidas donde apoyan los días
las rodillas de piedra
para alzarse de nuevo a respirar.
Más tarde en las sonrisas de la piedra
las caras de los vivos buscaba entremezcladas
con aquéllas que no mueren.

De toda cosa la memoria mía
ha nutrido la palabra,
y en el instante de la mano breve
y la flor, se hizo largo el camino del canto,
con el perfil hundido en años míos
proa que rompe y nunca avanza
con las vidas y las muertes
en múltiples fluidos de mi sangre
ha nutrido la palabra.

A aquél que no alcanzo apenas hablo
pero al final del sonido
es como si el amor que estaba separado
se acercara un instante al centro de sí mismo.

II

Estos días de la opaca trama
Y las restañadas fuentes,
inocua la labor de retener
lo que se va de mí, la rutilante sombra
escasas hambre y sed y sólo el gesto
de borrar las pisadas de las rítmicas vías
inútil levantar el peso que los miembros
en la mañana alzaban leves como en el agua

la avidez sin objeto en el cansancio abrume,
el ardor sin objeto, consumido
brasa y diamante por igual devora
y sobra el sueño donde la somnolencia basta.

Nunca ganados reposos
me llevarán despacio entre el sueño y la vela
hacia algún muerto punto del silencio.

III

El ritmo viene de afuera
y rodeará los limbos vacíos de la llama
ahora el ritmo vuelve y a lo lejos
un fuego ausente brilla y la palabra sirve
a aquélla que la sirviera.
La palabra me nutre de una ajena sustancia
me empuja a la deriva en los senderos
por las extrañas lenguas exploradas.
La que lo ardiente olvida
sabe que vela y duerme todavía
si empieza a perder pie en un mundo de imágenes.
Ha de mirar la llama hasta volverse
la centella sonora en el ritmo encendida.

